

fue directo a Madrid. Por tren. Con salida el día 29 y llegada al día siguiente. A partir de ese 30 de diciembre de 1930 empiezan las preocupaciones de los Vallejo por subsistir en la ciudad madrileña. En París ya habían elaborado una forma de vida. Llena de privaciones y, por lo tanto, modesta, pero podían ir pasando los días. Al salir precipitadamente de París, escasamente atinaron a cerrar el apartamento en que vivían y a traer las más esenciales pertenencias. Ignoraban cuánto tiempo iban a estar fuera. Y la salida con tanta prisa les impidió reunir un «avituallamiento económico suficiente». Los primeros pasos para conseguir trabajos, llevaron a Vallejo a las editoriales conocidas, primero, con la intención de que publiquen su obra, y, luego, con la esperanza de que le proporcionen las tareas necesarias para percibir algunos ingresos.

De un pequeño hotel, pasan a un también pequeño apartamento. Y de las pretensiones de publicar, el poeta debe derivar a convertirse en traductor del francés al castellano. Y ése pasa a ser la base de la economía de esta pareja exiliada. Más adelante Vallejo conseguirá publicar dos libros, y le rechazarán varios más. La novela *El tungsteno* y el reportaje, *Rusia en 1931*, son los dos títulos que se editan, pero no se reflejan pecuniariamente en los bolsillos del autor. La novela no tiene éxito comercial. Más sí el reportaje, pero como se verá más adelante, la editorial Cenit no cumple con liquidarle sus derechos como estaba estipulado.

No solamente en las editoriales se esperanzaba Vallejo, también en el teatro, y para ello no contaba con una sola obra sino con dos o tres. Pero si dura fue la peripecia ante los editores, más dura resultó la peregrinación por los teatros. Ni la fraternal colaboración de Federico García Lorca, logró variar el tétrico curso de las cosas. Y el poeta volvió quince meses después a Francia, sin haber podido estrenar sus piezas teatrales. A Gerardo Diego le comunicaba el 24 de enero de 1931: «Mi situación económica es estrecha y, para desenvolverme un poco, hice una pieza de teatro, que la he traído a Madrid. Pero veo que me va a ser difícil representarla, pues estoy aquí ya varias semanas y nada. No he podido ver hasta ahora a ningún director de teatro porque no los conozco y desearía verlos en compañía de algún amigo conocido en el mundo de las letras».<sup>26</sup> Estas líneas aunque dolidas no eran desesperanzadas y menos resignadas. Pero en las que manda al mismo casi un año más tarde, ya se percibe el desencanto: «Lorca ha sido muy bueno conmigo y hemos visto á Camila Quiroga, para mi comedia, sin éxito. La encuentra fuera de su estilo. Vamos a ver en otro teatro. Además, Lorca me dice, con mucha razón, que hay que corregir varios pasajes de la comedia, antes de ofrecerla a otro teatro. Yo no sirvo para hacer cosas para el público, está visto. Sólo la necesidad económica me obliga a ello. De otro modo, haría, naturalmente, otra clase de comedias».<sup>27</sup> La honestidad de Vallejo con respecto a su trabajo dramático es conmovedora. Aun en Francia, cuando ya pudo volver a ese país, siguió preocupándose por su teatro. Había dejado la obra, posiblemente, con las correcciones que le había recomendado Federico, a éste, para que procurara su estreno, pero todos los esfuerzos del poeta granadino resultaron infructuosos.

Tuvo más suerte con su novela *El tungsteno* y su reportaje *Rusia en 1931*. Creyó que

<sup>26</sup> Ob. cit., carta núm. 199, p. 234.

<sup>27</sup> Ob. cit., carta núm. 210. Fechada en Madrid el 27 de marzo de 1932, p. 242.

tras estos dos títulos podría publicar otros. Y ofreció su *Paco Yunque* y otros relatos, así como una parte de su nuevo reportaje sobre la Unión Soviética, pero no le fueron aceptados estos ofrecimientos. Llama la atención que en ningún momento hablara de la publicación de nuevos poemas, cuando en realidad los había producido. Tal vez, en baja escala. Mas si en el ambiente propiamente literario, *Trilce* había sido bien recibido, posiblemente, dominaba su decisión de no dar a conocer su poesía hasta estar completamente convencido de su calidad.

Aunque nadie ha precisado cuándo comenzó a escribir la novela publicada en Madrid, es posible que fuera durante los meses de «exilio», aunque la idea y los bocetos los habría comenzado a elaborar en París. Se señala que fue en el apartamento que tenía el matrimonio en la calle Encanto, donde escribió toda la novela. Y es probable que por la estructura lineal que tiene, y por la carga socio-política que le inculca, no le haya demandado un gran desgaste de tiempo. Ya en abril de 1931 aparecían críticas sobre *El tungsteno*, una de ellas realizada por el vallisoletano Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, que escribe para una agencia y sus comentarios aparecen en varias publicaciones provincianas. Poco después aparecerán críticas en *El Sol* y *La Voz*, diario éste en el que Vallejo publicaría algunas narraciones breves en el mismo año.

Con respecto a la novela, el propio Vallejo la calificó de narración más preocupada por la denuncia social, que por la estética literaria. Y en cuanto a *Rusia en 1931*, señalaba que se trataba de un reportaje periodístico. No obstante, la venta fue grande. Para Larrea se hicieron dos ediciones. Otros autores hablan de cuatro ediciones. Y, por supuesto, todos coinciden en que fue considerado como el «best-seller» del mes. Se trataba del primer reportaje que se ofrecía en España de la Unión Soviética, y había sido promocionado hábilmente. De ahí el éxito comercial alcanzado. Vallejo le refiere a Diego su sincera opinión sobre el trabajo: «En estos días salió un libro mío sobre Rusia, que no se lo envío porque no creo que le interese. Es un reportaje social, más periodístico que literario».<sup>28</sup> Pero de esas pingües ventas, el autor debió ver muy poco, ya que el 5 de diciembre de 1932, desde París, le pide a Gerardo Diego: «El otro servicio, es acercarse a la editorial "Ulises" (Olózaga, 15) y decirle al Gerente, quien quiera que fuese, que me hagan el favor de enviarme inmediatamente una liquidación de las ventas de *Rusia en 1931*, así como el saldo que, por concepto de estas ventas haya en mi favor. Dígales usted que les he escrito varias veces y les he teleografiado, reclamándoles este pago y no me contestan nunca. Dígales también que no recibo ni una perra gorda desde abril (9 meses casi) y que en última carta me decían que ellos me tenían un saldo a mi favor».<sup>29</sup>

Pero esa larga e incómoda estancia de Madrid, de aproximadamente quince meses, no se compuso exclusivamente de desesperados clamores debido a la escasez de medios económicos. Ni de interminables horas dedicadas a la traducción de los franceses Henri Barbusse y Marcel Aymé. A pesar del gran obstáculo que significaba lo pecuniario, la pareja César-Georgette viajó por Castilla, o para visitar lugares que él no conocía o para volver a ciudades en las que ya había estado. Con respecto a los puntos visitados tam-

<sup>28</sup> Ob. cit., carta núm. 201. Fechada en Madrid el 20 de agosto de 1931, p. 236.

<sup>29</sup> Ob. cit., carta núm. 216, p. 250.

bién se producen ligeras contradicciones entre biógrafos y estudiosos. Para unos es Salamanca el lugar visitado con intención de conocer a Unamuno —que sí conoce—. Para otros el verdadero viaje importante es hacia León y Astorga, invitado por el entonces joven poeta Leopoldo Panero. También se señala que se desplaza hacia Burgos, Toledo, Aranjuez y San Sebastián. Ya en 1930, cuando fue a Madrid con motivo de la aparición de *Trilce*, visitó algunas de esas ciudades. Pero en 1931, pasó una agradable estancia en Astorga. Los cuatro primeros días sin Georgette quien había quedado en Madrid. Los tres o cuatro restantes, con ella, que vino a darle encuentro.

Respecto a este breve viaje no se ha escrito mucho pero sí hablado bastante. En determinadas ocasiones se ha creído que el poeta ofreció una conferencia o una lectura de sus poemas. Y en criterio de otros, habría tenido reuniones de tipo político. Ya que por aquellos años estaba inscrito en el Partido Comunista Español y formaba parte de la primera célula comunista. Pero todas estas especulaciones quedan eliminadas por los recuerdos del profesor Ricardo Gullón, así como de una de las hermanas del poeta Panero, Asunción. Para Gullón la estancia en Astorga fue tonificante para el espíritu de Vallejo: «Tres o cuatro días vivió el poeta esa paz y esa amistad; se mudó después a la pensión de las hermanas Morla y esperó la llegada de Georgette, su mujer. Vallejo captó en la vieja ciudad vibraciones de su distante Santiago de Chuco, percibió afinidades sin ignorar diferencias».<sup>30</sup>

El recuerdo que Vallejo dejó en la familia Panero y en las personas que conoció en Astorga fue magnífico. Se le rememora como un hombre de exquisita educación, parco en palabras, y muy dado a la contemplación del paisaje. El motivo del cambio de vivienda se debió exclusivamente a que la habitación que se le había cedido en la casona de la familia oferente, y que llevaba el nombre de «la torre» por estar en lo alto y recostada sobre las antiguas murallas de la ciudad, era individual y no la podía compartir con Georgette. Tal vez, intervinieron algunos prejuicios sociales y Vallejo prefirió no enfrentarlos. La pensión Morla era modesta pero agradable. Y la pareja no fue vista con asiduidad paseando por las calles.

El espíritu de Vallejo se reveló con mayor nitidez durante esa estancia a quienes lo rodeaban. Gullón recuerda: «Sólo cuando le encontré en mi ciudad, viviendo en casa de los Panero, meses después, escuché el son delicioso de su alma en la intimidad. Juan Panero, de quien nadie podía pensar que llevaba la muerte en los talones, le cedió su habitación en la parte delantera de la casa, calle de la Catedral, donde el doblar de las campanas hacía más hondo el silencio.»<sup>31</sup>

Por una serie de datos sueltos, se puede deducir que la amistad con Leopoldo Panero la inició Vallejo en la *Granja de Henar*. Por una parte lo refiere el mismo Gullón: «Sentado a una mesa de la *Granja el Henar*, junto al ventanal de la derecha, podía ser visto desde la calle, delgado, tez ligeramente cobriza, manos delicadas que accionaban sobriamente, tocado con un sombrero de fieltro gris y ancha cinta de seda oscura. Le acompañaba un nutrido grupo de fieles, amigos, correligionarios, no tan pendientes

<sup>30</sup> En el artículo «Imagen lejana de César Vallejo», publicado en ABC, 11-V-1985 ofrece una semblanza física y anímica del poeta y rememora la visita a Astorga.

<sup>31</sup> Art. cit.